

Bénigno Cacérés

El carpintero que en la Resistencia descubrió el poder del verbo

Es una tarde del invierno de 1936 cuando un joven carpintero de 20 años entra por primera vez en una biblioteca pública: “Miro el edificio público que se encuentra cerca de la obra: es la biblioteca municipal. He oído decir que se puede entrar gratuitamente (...). Abro una gran puerta y me encuentro en una amplia sala que apenas oso mirar. Un empleado, viéndome apurado, me explica que hay que rellenar una ficha de entrada. Inscribo en mi boletín verde mi nombre, mi dirección, mi profesión. Tras esto, intentando hacer el menor ruido posible con mis grandes zapatos, voy hacia el fondo de la sala donde la gente busca en un gran fichero el título del libro deseado. No me atrevo a manipular todas esas cartulinas con mis grandes manos hinchadas por los sabañones (...). Busco un momento, después para no quedar demasiado tiempo ante ese gran casillero, me decido por inscribir en la cartulina un título que me gusta (...). Saco, de mi bolsillo de un lado, mi lápiz rojo de carpintero y con una escritura lo más fina posible, me aplico a transcribir las referencias. A continuación debo atravesar la sala para que se me dé el libro. Tengo la impresión que todo el mundo me mira como al hombre de las cavernas, sin duda a causa de mi ancho pantalón de pana gastada y de mi torpeza (...). No hay obreros en la sala. Tengo la sensación de ser el extraño. Mi malestar aumenta. Mis ojos se ponen húmedos. Me siento en un rincón. Leo *Tartufo* de Molière”.

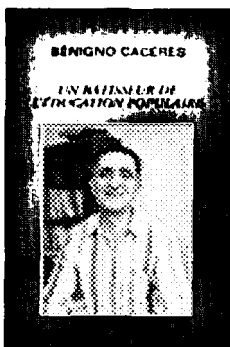
Ese carpintero moreno, fuerte y bajo, hijo de emigrantes extremeños en Toulouse, es Bénigno Cacérés. A los 12 años ha dejado la escuela para aprender, en el tajo, su oficio. Pero la II Guerra Mundial va a transformar su sistema de valores: “Había sido criado en el horror a la guerra, a todas las guerras; en el pacifismo más total. Ahora, la defensa de esta libertad que mi medio me había profundamente inculcado exigía echar mano de las armas. La patria, en el instante en el que parecía irremediablemente perdida, se convertía en un valor. Para encontrar la mirada de una muchacha, para ofrecerle un ramo de lilas recogido a lo largo de un camino encajonado, a

la vista de todos, sin ningún temor, era necesario que nuestra tierra fuese libre”.

En los primeros momentos de la guerra Cacérés fue llamado a la Escuela de cuadros de Uriage, semillero de futuros miembros de la Resistencia. Allí fue alumno de un grupo de jóvenes intelectuales que posteriormente serían reconocidos en el mundo cultural francés (Hubert Beuve-Méry –luego, director de *Le Monde*–, el sociólogo Joffre Dumazedier, el antropólogo Paul-Henry Chombart de Lauwe...). Alumno, pero también maestro de la mayor parte de aquellos jóvenes burgueses y aristócratas que escuchaban por primera vez el testimonio de un joven obrero, testimonio que en 1950 aparecería con el título de *La rencontre des hommes*.

Ya en la Resistencia forma parte de los “equipos volantes de información y animación” encargados de la formación intelectual y moral de los resistentes de la región boscosa de Vercors: “Antes de mi llegada a la Thébaïde, no sabía más que pocas cosas sobre la Resistencia. Yo la imaginaba como una lucha armada contra aquellos que nos ocupaban. Aquí, me aparecía bajo un aspecto diferente. Ciertamente, se nos enseñaba a servirnos de explosivos, pero nuestras armas, nuestras verdaderas armas, eran esos libros, esas investigaciones, esos textos que nosotros reuníamos para leerlos a otros hombres. Nunca habría imaginado que leer pudiera tener tal sentido, representar tal fuerza, servir a una gran causa. El verbo, comienzo de nuestra acción, debía enraizar nuestra fe en el corazón de los hombres. Pero ya se iniciaba la lucha: en las noches sin luna, las armas eran lanzadas en paracaídas en los claros de Vercors”.

Del trabajo cotidiano de esos equipos de información y animación con los guerrilleros de la Resistencia y de lo que esa actividad supuso para Cacérés es el siguiente testimonio de cuando van a un campamento de *maquis*, de guerrilleros, en Vercors: “La tarde del día siguiente de nuestra llegada, una vez establecida la guardia alrededor del campamento, los hombres se sentaron agrupados en el claro, lugar bien abrigado de los vientos. Sentados en círculo en



el suelo, han escuchado. En trozos de papel, en viejas libretas húmedas, cada uno, silenciosamente, tomaba notas.

Para la velada, nos hemos agrupado alrededor de las brasas del fuego alumbrado en la cavidad de un peñasco. Había caído la noche y el frío helaba los rostros. Envueltos en sus mantas, esa sombras inmóviles escuchaban en silencio. A veces, el viento sacudía el bosque. Las ramas de los árboles se balanceaban lentamente en un susurro armonioso.

La lectura retomó entonces todo su sentido. Aquí, los mensajes de Michelet, Hugo,

Saint-Just, Apollinaire, François la Colère (nombre de Aragon durante la Resistencia) tomaban su verdadero significado. Los grandes poetas venían entre los hombres para ayudarles a vivir, para enseñarles a esperar.

Sin duda, es en el curso de esta primera velada, tras la lectura en alta voz de esos textos, que yo he dado definitivamente otra orientación a mi vida. Al comunicar esta parte del hombre a otros hombres, yo he creído para siempre que en algunas circunstancias la cultura podía realmente compartirse.

Esos textos, resultados de nuestras búsquedas, de nuestras noches de vela en la Thébaïde, de nuestras discusiones fraternales, esos textos arrancados a los estantes muertos de la biblioteca, tomados de libros fríos e inertes, aquí, en este claro, resucitaban en medio de la noche. Cada palabra, cada frase, cada poema tocaba el corazón de aquellos que, privados de todo, estaban agrupados cerca de esas brasas, y les ofrecía la alegría interior de la esperanza. (...). Allí, en este claro de Vercors, me fue revelado el hechizo de las palabras, el poder del verbo. Leer era preparar la larga marcha de la modificación. Debíamos continuar este enriquecimiento. Yo no sabía nada de lo que el futuro nos deparaba. Soñaba en ello”.

Cacérès también nos da el testimonio de otros autodidactas encontrados en el curso de sus actividades, como el que conoció cuando se dirigieron a un campamento autogestionado por aquellos que habían rechazado incorporarse al Servicio de trabajo obligatorio, obligación instaurada por los ocupantes alemanes: “Dos hombres muy distintos, pero unidos por la misma fe, el mismo ideal y una amistad fraterna, diri-

gían ese campamento. El creador de esta organización era un católico místico de una vitalidad poco creíble. Como animado por el Espíritu Santo, predicaba interminablemente. Llevaba a cabo discursos maratónicos con una facilidad desconcertante. Este hombre flaco, incendiado por una llama interior, daba el ejemplo en las situaciones más difíciles, trabajaba manualmente en las tareas más humildes y más duras y llegaba a resolver todo, tanto problemas materiales como humanos. Siempre presente, velaba con una fe indomable en la armonía del grupo. Todo el mundo le escuchaba, él era la fe de paseo, la esperanza encarnada.

Su segundo, hombre pequeño, macizo, siempre sonriente, poco hablador y muy activo, se decía marxista. Empleaba todo su tiempo en trabajar y leer. Autodidacta, había ejercido los oficios más diversos y conocido bien de dificultades y aventuras; él quería leer todos los libros. Dotado de una memoria extraordinaria, se acordaba de un texto en no importa qué situación. Unía esta facultad intelectual a un gran sentido práctico. Inventor y mañoso por naturaleza, desde que una máquina estaba averiada, el pequeño hombre se acercaba, sonreía más y se volvía al rato, siempre sonriente, la máquina ya arreglada.

El encuentro de esos dos hombres, a la vez tan diferentes y parecidos, tenía algo de epopeya. El fundador de esta comunidad había defendido tan bien a sus camaradas contra el Servicio de trabajo obligatorio, que fue detenido por los alemanes y enviado a un campo [de prisioneros] situado en el sudoeste de Francia. Allí encuentra al que iba a ser su fiel compañero, entonces internado desde hacía dos años y que gozaba en el campo de una estima particular. Detenido como peligroso agitador, había llegado al cautiverio con, por todo equipaje, una maleta de libros que pronto se encontraron difundidos por todos los barracones. Para poner orden en su modesta biblioteca de préstamo, estableció un fichero con el nombre de los depositarios. Ese fichero le valió 50 días de prisión. Los gendarmes franceses creían que había constituido una peligrosa agrupación de resistencia y que cada ficha era un código del que quisieron, por medios bastante violentos, descubrir el secreto. Reconocida la buena fe de Mermoz (ese era su nombre), se le autoriza entonces a que sea el bibliotecario, con la condición, sin embargo, de que encontrara un local, cosa materialmente imposible; en cualquier lugar, el espacio faltaba. Marmoz, en cambio, no se desanimó. La capilla, sólo ocupada por la misa de la mañana, y el domingo, parecía el único lugar posible. Tomó contacto con el capellán. El acuerdo no iba mal. Las primeras discusiones tomaron rápidamente un cariz metafísico y las ideas de cada uno de ellos se opusieron violentamente. Tras

numerosas entrevistas se convino que antes de la misa el bibliotecario distribuiría sus libros a los que vinieran a pedirlos. Así funcionó en el campo una verdadera biblioteca de préstamo”.

A punto de finalizar la guerra Cacérés vuelve a su ciudad, Toulouse. Al igual que la mayor parte de los autodidactas, que han hecho propios unos saberes para los que no estaban socialmente destinados, se confronta desde su nuevo presente al pasado: “Reencontraba mi barrio, mi calle triste y fea que no se ponía hermosa más que al anochecer, bajo la luna. Esta ciudad que yo amaba, que nunca habría dejado sin las circunstancias que me habían llevado a la Resistencia, se me aparecía diferente. Me había alejado de ella, había roto las amarras. Sentía, al reencontrar mis recuerdos, una angustia imposible de definir; yo estaba en otro lado, diferente, definitivamente transformado. Miraba mi ciudad como extranjero”.

Peuple et Culture

Desde meses antes de finalizar la guerra, Bénigno Cacérés, junto con otros compañeros de la Resistencia (Joffre Dumazedier, Paul Lengrand, Joseph Rován...), planean organizar una asociación que trabaje por la educación popular y permanente. De estos planteamientos nacerá Peuple et Culture: “De toda Francia venían a Grenoble a ver funcionar nuestras instituciones. Se pedía nuestra ayuda. Nuestro movimiento tomó el nombre de Peuple et Culture. En el manifiesto que lanzamos, decíamos: “Queremos llevar la cultura al pueblo y el pueblo a la cultura”. Dumas, incansable, preparaba las grandes líneas de una educación para todos, perseguida durante toda la existencia”. Peuple et Culture respondía a las esperanzas, ilusiones y realidades de la Liberación.

De 1947 a 1973 será secretario general y presidente de Peuple et Culture. En esta organización la lectura tendrá un papel preponderante. La comisión de “Lectura”, dirigida por Geneviève Cacérés (autora de *Regards neufs sur la lecture*, primer manual de bibliotecología redactado para los educadores populares y las bibliotecas de empresa), publicará fichas de lectura para los animadores culturales y Bénigno Cacérés interviene en numerosas bibliotecas de empresas y bibliotecas públicas. Peuple et Culture va a contribuir al acercamiento entre bibliotecarios profesionales y animadores culturales.

La participación de Bénigno Cacérés en los coloquios de la Unesco (1961) y en el Festival de Niza sobre la lectura en el medio laboral marcará significativamente el lento proceso de integración de las bibliotecas de empresa en el sistema nacional de lectura pública francés.

Peuple et Culture, organización que sigue activa en la actualidad, tuvo durante cuatro décadas un éxito enorme. Miles de responsables culturales salieron de sus cursos de formación y se formaron en los libros de la colección Peuple et Culture (colección de ediciones Seuil, dirigida por Cacérés).

Al mismo tiempo, este autodidacta escribiría una veintena de libros (*Le mouvement ouvrier*, *Les autodidactes*, *Histoire de l'éducation populaire*, *Loisirs et travail du Moyen Âge à nos jours*, *Guide de l'éducation populaire*, *Si le pan m'était conté...*) pero nunca olvidaría las dificultades inherentes al aprendizaje de la escritura: “Cuando acudí por primera vez a la Thébaïde, el libro abierto que sostenía Dumas [Dumazedier] formaba como una pantalla entre él y yo. Entonces, los libros nos separaban; ahora, nos unían. Son nuestro medio de comunicar con los hombres. La Thébaïde me había hecho franquear un umbral, yo había pasado al otro lado del espejo. No había cesado de leer, de buscar textos, de aprender; cada uno de los conjurados me aportaba su saber.

Yo también escribía. El acto propiamente artesanal me intimidaba. Me aplicaba en trazar bien los signos. A menudo, en la noche, (...) pasaba horas demasiado cortas en reescribir las mismas hojas, las quería limpias, sin tachones, bellas por sí mismas. Cada corrección me parecía una deshonra, la prueba de mi incapacidad para alcanzar una perfección que perseguía como una quimera. Nunca hubiera creído que escribir fuese tan largo, tan difícil, que este acto demandase tal esfuerzo, tal concentración. Sé, hoy, cuando me he atrevido a publicar algunos libros, que eso da una dolorosa alegría, quizás la que sea más pura”.

Bénigno Cacérés, ya escritor, ya doctor en ciencias sociales, ya profesor del Instituto de Ciencias Sociales del Trabajo, nunca olvidará lo que fue su “escuela”: “Es en la Thébaïde donde he encontrado hombres que vivían en el respeto a los otros hombres y con una gran humildad. Yo he aprendido, en el curso de esas discusiones, mucho más, sin duda, que lo que me habría aportado una enseñanza, incluso de gran calidad”.

Murió en la noche del 14 al 15 de octubre de 1991. ☞

Ramón Salaberria

Para saber más:

Bénigno Cacérés, *un bâtisseur de l'éducation populaire*. Paris: Peuple et Culture, 1999.

CACÉRÈS, B.: *La rencontre des hommes*. Paris: Seuil, 1950.

CACÉRÈS, B.: *L'espoir au coeur*. Paris: Seuil, 1967.

CHOSSON, J.-C.: *Peuple et Culture 1945-1995: 50 ans d'innovations au service de l'éducation populaire*. Paris: Peuple et Culture, 1995.

Peuple et Culture: www.peuple-et-culture.org

ROVAN, J.: “La disparition de Bénigno Cacérés: un charpentier historien du peuple”. En: *Le Monde*, 17 octobre 1991.